

El destino de las acciones

Responsabilidad pública en la era de la inteligencia artificial

Hernán Alfredo Capucci

ORCID: 0009-0008-7216-3032

2026

€

Prólogo

La pregunta

Era de noche. Estaba en el balcón de mi casa, fumando un cigarrillo, sin poder dormir. No era insomnio. Era algo más incómodo que el insomnio.

Llevaba semanas mirando lo que estaba pasando con la inteligencia artificial. No como técnico —no soy del palo tecnológico— sino como alguien que observa y siente que algo grande se está moviendo debajo de los pies.

Y yo estaba afuera.

No tenía código, no tenía empresa, no tenía formación formal en nada de lo que se estaba discutiendo. Todo parecía ya estar hecho, ya estar pensado, ya estar en manos de otros. La sensación no era de envidia. Era algo más parecido a llegar tarde a una conversación importante y no saber cómo entrar.

No soy del mundo tecnológico. Pero tengo una costumbre: cuando algo me inquieta, pregunto. Esa noche, en lugar de apagar el cigarrillo e irme a dormir resignado, abrí ChatGPT por primera vez y le hice una sola pregunta.

¿Qué podríamos crear hoy que todavía no existe, pero que dentro de veinte años podría parecer inevitable?

No era una pregunta estratégica. Era la única que tenía sentido hacer desde donde estaba.

Lo que vino después no fue una respuesta. Fue una conversación. Y en un momento apareció una pregunta que no esperábamos:

¿Cómo sabemos quién dice, hace o publica cualquier cosa? ¿Quién lo hizo? ¿Quién se hace cargo?

Estábamos pensando en veinte años y de repente estábamos en el presente. En este momento en que millones de textos, imágenes, ideas y opiniones circulan sin que nadie sepa bien de dónde vienen ni quién responde por ellas.

Ahí, en esa conversación nocturna, empezó todo.

Este libro es el intento honesto de una persona que llegó tarde, hizo la pregunta correcta, y no pudo parar de tirar del hilo.

Empezó con una pregunta. Continuó con un símbolo. Y detrás de ese símbolo, una idea que no pudo dejar de crecer.

Capítulo I

El problema que nadie estaba nombrando

Hay problemas que todo el mundo siente pero nadie sabe cómo llamar.

No son problemas técnicos. Son algo más silencioso: una incomodidad que crece despacio, que aparece en conversaciones sin terminar, en textos que se leen y se olvidan en segundos, en la sensación de que algo que antes pesaba ahora no pesa.

El problema no era que hubiera mentiras. El problema era que ya no importaba quién hablaba.

El mundo que fue

Durante siglos, publicar algo fue un acto costoso. Costoso en tiempo, en esfuerzo, en exposición. Escribir un libro implicaba años. Firmarlo implicaba quedar asociado a lo que decía para siempre.

La fricción no era el enemigo de las ideas. Era la condición que volvía visible el momento en que alguien decía: esto entra al mundo. Y yo respondo por ello.

Pensemos en Galileo publicando sus observaciones. En Marx y Engels firmando el Manifiesto Comunista. En Simone de Beauvoir

poniendo su nombre en El segundo sexo. En todos esos casos, publicar era un gesto de exposición deliberada.

Lo que desapareció sin que nos diéramos cuenta

La digitalización no eliminó la autoría de un día para otro. La fue disolviendo despacio. Primero los foros anónimos. Después las redes sociales. Después los algoritmos de recomendación. Y después llegó la generación automática de contenido.

La fricción desapareció.

Y con ella, silenciosamente, desapareció el momento en que alguien decide que algo le pertenece como acto. No como propiedad. Como responsabilidad.

La desaparición del destino de las acciones

Un espacio donde todo circula pero nada pesa. Donde todo aparece pero nadie responde. Donde la abundancia de voces produce, paradójicamente, silencio de presencias.

Ese era el problema que nadie estaba nombrando.

La desaparición del destino de las acciones.

Las instituciones humanas —el derecho, la ciencia, el periodismo, la democracia— fueron construidas sobre un supuesto básico: que detrás de cada acto público hay alguien dispuesto a sostenerlo. Ese supuesto está en crisis.

Capítulo II

La fricción que desapareció

La fricción tiene mala reputación. En el lenguaje de la tecnología, eliminarla es siempre una mejora. Pero cuando esa lógica se aplica a la producción simbólica —a las ideas, a los textos, a las obras que entran al espacio público— algo cambia. La fricción en ese contexto no era un obstáculo. Era una función.

Lo que la fricción hacía

Esa lentitud obligaba a pensar antes de hablar. Obligaba a asumir que lo escrito iba a durar. Nadie escribía una carta pública sin saber que quedaba asociado a ella.

La fricción no era solo lentitud. Era responsabilidad acumulada en cada paso.

Esa responsabilidad acumulada hacía que las cosas pesaran. Un libro pesaba. Un artículo científico pesaba. Una declaración pública pesaba. No porque fueran perfectas, sino porque había alguien dispuesto a cargar con ellas.

Cómo desapareció

La primera etapa fue la democratización de la publicación. La segunda fue la velocidad. La tercera, la más radical, fue la generación automática.

Por primera vez en la historia, publicar algo no implica necesariamente estar dispuesto a responder por ello.



Una aclaración necesaria

Este capítulo no es una crítica a la tecnología. La democratización de la publicación fue un avance real. El desafío no es recuperar la lentitud. Es encontrar una forma de que el gesto de asumir siga existiendo, incluso en un mundo donde ya nada es lento.

Un gesto.

Capítulo III

El gesto

Antes de que existiera cualquier sistema legal de propiedad intelectual, ya existía algo.

Un gesto.

El acto por el cual alguien decía: esto es mío. No en el sentido de propiedad. En el sentido de responsabilidad. Yo lo puse en el mundo. Yo respondo por ello.

Ese gesto es más antiguo que la escritura. Aparece en las pinturas rupestres donde un artista deja su mano estampada junto a las figuras que creó. En la firma del alfarero en el fondo de la vasija. En el nombre del escultor en la base de la estatua.



Tres momentos históricos

El Manifiesto Comunista, 1848. Marx y Engels lo firmaron con sus nombres. Entendían que un manifiesto sin autor es solo ruido.

La declaración de Zola, 1898. Émile Zola publicó «Yo acuso» y la firmó con su nombre completo. El gesto de asumir tenía consecuencias reales. Y esas consecuencias eran exactamente lo que le daba al texto su peso moral.

La doble hélice, 1953. Watson y Crick publicaron su modelo con sus nombres, sus instituciones, sus datos. Si los datos estaban mal, los autores respondían.

El umbral

El gesto de asumir una obra es un umbral simbólico. Antes, una idea puede ser borrador, reflexión privada. Después, entra al espacio compartido. Puede ser leída, interpretada, discutida, refutada.

Sin ese gesto, no hay debate: hay monólogos en paralelo. No hay ciencia: hay afirmaciones sin sujeto. No hay democracia: hay voces sin cuerpo.

El gesto en el mundo de hoy

El problema no es que el gesto haya desaparecido. El problema es que se volvió opcional.

*Lo que hace falta es recuperar el gesto. Hacerlo visible.
Darle un nombre. Darle una forma.*

Solo había que nombrarlo. Y para nombrarlo, lo primero que necesitábamos era un símbolo.

Capítulo IV

El símbolo

Teníamos el problema. Teníamos el diagnóstico. Pero no teníamos nombre. No teníamos forma.

¿Qué símbolo podría representar el acto de pertenecer a algo? No poseer. No crear. Pertenecer como acto.

Y ahí, desde la matemática, llegó la respuesta.

—

Un símbolo que ya existía

En matemática, el símbolo $\in$ significa «pertenecer a». Cuando escribimos $x \in A$, estamos diciendo que el elemento x pertenece al conjunto A . No que lo posee. No que lo creó. Que forma parte de él.

La distinción importa. Poseer es una relación de control. Pertenecer es una relación de existencia.

$\in$

El gesto tenía nombre.

—

Lo que $\in$ hace y lo que no hace

€ no es un copyright. No protege nada. Solo constata algo.

€ no es una firma digital. No verifica identidad: declara intención.

€ no es un sello de calidad.

€ marca el momento en que una obra cruza el umbral. El momento en que alguien dice, sin decirlo con palabras: esto entra al mundo, y yo estoy aquí.

Eso es todo. Y eso es suficiente.

El símbolo como acto

Cuando una obra lleva €, el lector sabe que hay alguien ahí. No sabe si está de acuerdo. No sabe si la obra es buena. Pero sabe que no está frente a ruido. Está frente a una presencia.

Leer algo asumido no es lo mismo que leer algo que simplemente circuló. En un caso hay encuentro. En el otro, solo flujo.

Capítulo V

La institución

Las instituciones no nacen de decretos.

Nacen de gestos que se repitieron hasta volverse prácticas, prácticas que se consolidaron hasta volverse normas, normas que se estabilizaron hasta volverse el agua en la que todos nadamos sin notarla.

El lenguaje es una institución. El dinero es una institución. La ciencia moderna es una institución. En todos estos casos, la secuencia es la misma:

Gesto → Práctica → Norma → Institución

No al revés.

—

Una institución sin sede

€ como institución no tiene sede. No tiene presidente ni directorio. No tiene presupuesto ni empleados. No puede ser comprada, capturada ni cooptada por ningún interés particular.

Esa aparente debilidad es en realidad su mayor fortaleza.

—

Qué define el campo

Una obra $\in$ cuando su autoría ha sido asumida.

Una obra que no $\in$ puede existir, pero no opera dentro del campo.

No hay gradientes. El gesto ocurrió o no ocurrió.

El documento fundacional

El Documento 0 dice, en su núcleo:

Toda obra publicada debe estar acompañada por un acto explícito de autoría asumida. Sin autoría no hay legitimidad.

Dos oraciones. Sin excepciones. El Documento 0 es el primer acto de la institución. El gesto inaugural.

Las instituciones no viven del gesto inaugural. Viven de la repetición.

La era de los agentes autónomos.

Capítulo VI

En la era de los agentes

Hasta aquí, el problema que hemos descrito es fundamentalmente humano.

Hoy, una parte creciente de las acciones que ocurren en el espacio digital las ejecutan agentes: sistemas de inteligencia artificial que actúan de manera autónoma, que toman decisiones, que producen efectos reales en el mundo sin que una persona esté presente en cada paso.

*Si los humanos necesitan asumir sus acciones públicas,
¿qué pasa cuando quien actúa no es un humano?*

El agente que nadie ve

Una empresa despliega un agente de inteligencia artificial para gestionar sus comunicaciones con clientes. El agente responde preguntas, envía correos, toma decisiones. Todo automáticamente.

El cliente no sabe qué instrucciones tiene ese agente. No sabe quién lo desplegó ni bajo qué límites. No sabe quién responde si algo sale mal.

Ese es el problema de la autoridad implícita: el agente actúa como si tuviera autoridad —y en los hechos la tiene— pero nadie la

declaró explícitamente.

Agent Manifest: la declaración antes de la ejecución

De esa pregunta nació Agent Manifest, una propuesta técnica que desarrollé en paralelo a este libro para abordar el problema de identidad e interoperabilidad de agentes autónomos.

La idea es simple: antes de que un agente autónomo actúe en el mundo, debería existir un documento que declare su identidad. Un manifiesto. Una declaración pública de quién es ese agente, qué puede hacer, qué no puede hacer, quién lo autorizó y ante quién responde.

La palabra clave es antes. No después de que algo sale mal. Antes.

La conexión con ϵ es estructural. El manifiesto de un agente es su ϵ : el documento que marca el momento en que ese agente entra al espacio público con una identidad declarada y una cadena de responsabilidad visible.

Boundary Handshake: el límite como protección

En trabajos paralelos desarrollé también Boundary Handshake, una propuesta de protocolo para que los agentes declaren y negocien sus límites de forma explícita cuando interactúan entre sí.

El gesto más antiguo de la humanidad —asumir públicamente una acción— resulta ser también el principio más urgente para el futuro más tecnológico que podemos imaginar.

—

La pregunta que no tiene respuesta todavía

Lo que creo es que la respuesta no puede ser «nadie responde». Y la única forma de evitar ese futuro es empezar ahora.

Los sistemas que estamos construyendo no van a desacelerarse. Los agentes van a actuar, escribir, negociar y decidir a escalas que ninguna institución humana ha gestionado jamás.

Si la responsabilidad no vuelve a hacerse visible, el mundo se llenará de acciones que no tienen destino.

Y una civilización no puede sostener eso por mucho tiempo.

Capítulo VII

El destino de las acciones

Este capítulo es el aterrizaje.

En la creación

Un artista que publica una obra y la asume está afirmando algo que la IA no puede afirmar por sí misma: que una persona estuvo, eligió, y decidió que esto merecía existir.

En la ciencia

Un científico que usa IA como herramienta y lo declara explícitamente, que asume la responsabilidad de los resultados, está haciendo exactamente lo que ϵ propone. La herramienta no importa. El gesto de asumir sí.

En el periodismo

La crisis del periodismo en la era digital no es solo económica. Es una crisis de ϵ . La respuesta no es regulación. Es cultura. Es que los lectores empiecen a preguntarse, antes de compartir algo: ¿hay alguien que responda por esto?

En las redes sociales

Asumir en redes sociales no requiere un símbolo especial. Requiere un cambio de hábito: publicar solo lo que uno está dispuesto a sostener. Ese hábito, practicado por suficientes personas, es una institución.

En la conversación cotidiana

Cada vez que alguien dice algo y está dispuesto a quedarse con eso, a no borrarlo, a no escapar si la conversación se pone incómoda, está haciendo $\in$. No con el símbolo. Con el gesto.

Y eso crea confianza. La confianza, siempre, empieza con un gesto.

El destino

$\in$ es el destino de las acciones. El lugar al que toda acción pública tiene que llegar para existir de verdad.

No más que eso. No menos que eso.

Apéndice

El principio ∈

Una obra pública existe cuando su autor asume la responsabilidad por ella.

El símbolo ∈ marca ese gesto de asunción.

Definición operativa

Una obra ∈ cuando:

- (1) tiene un autor identificable que la asume públicamente,
 - (2) ese autor está dispuesto a responder por su contenido,
 - (3) el gesto de asunción es explícito y verificable.
-

Extensión al dominio de agentes

Un agente autónomo ∈ cuando existe un manifiesto público que declara su identidad, sus capacidades, sus límites y la cadena de responsabilidad humana que lo respalda.

Sin esa declaración, el agente opera fuera del campo de la existencia pública legitimada.

Epílogo

Lo que todavía no existe

Empecé este libro con una pregunta.

¿Qué podríamos crear hoy que todavía no existe, pero que dentro de veinte años podría parecer inevitable?

No sabía entonces que la respuesta no iba a ser un producto ni una tecnología. Iba a ser una condición. Algo más parecido a una promesa que a un invento.

Cómo se ve el mundo en veinte años

Es un mundo donde el espacio público tiene relieve otra vez. Donde hay una diferencia reconocible entre lo que alguien asumió y lo que simplemente apareció. Donde esa diferencia importa: en cómo se lee, en cómo se cita, en cómo se confía.

Es un mundo donde los agentes autónomos declaran su identidad antes de actuar, donde «nadie responde» dejó de ser una respuesta aceptable.

Lo que todavía no existe

Pero ese mundo todavía no existe.

Para que $\in$ se vuelva institución, necesita tiempo y repetición. Necesita que otras personas lo practiquen. $\in$ solo se vuelve real cuando deja de ser mío.

Una honestidad final

Este libro fue escrito en diálogo con inteligencias artificiales.

No lo digo como aclaración legal. Lo digo porque este libro trata sobre asumir, y sería una contradicción profunda no asumir ese hecho explícitamente.

Las ideas son mías. La historia es mía. La pregunta que originó todo esto, la noche en el balcón: eso es mío.

Lo que me hace autor de este libro no es haberlo escrito solo. Es estar dispuesto a responder por él.

La invitación

La próxima vez que publiques algo, preguntate: ¿estoy dispuesto a quedarme con esto? ¿estoy dispuesto a responder?

Si la respuesta es sí, publicá. Si la respuesta es no, esperá.

Ese momento de pausa, esa pregunta simple, es $\in$. No el símbolo. El gesto.

Y si ese gesto se repite, si otros lo adoptan, si dentro de veinte años parece inevitable que alguien que publica algo esté dispuesto a responder por ello...

Entonces aquella noche en el balcón valió la pena.

Hernán Alfredo Capucci

€

€ *Document Series* · 2026

— *to be continued* —

La historia no puede romperse.